



*El silencio  
del valle  
esconde  
una terrible  
venganza*

*el* VÍNCULO  
PERFECTO

CAROLINA SOLÉ

Kate Salas se encuentra de nuevo en Santa Eugenia (la Cerdanya) para ayudar a su amiga Dana en la gestión de la Finca Prats después de que esta sufriese un grave accidente.

Su visita, pocos días antes de semana santa, coincide con el hallazgo de un cuerpo descuartizado en el Serrat de Nas y la desaparición de una vecina del pueblo de Pi. A lo largo de la investigación el inspector encargado de resolver ambos casos, JB Silva, se verá envuelto irremediablemente en la vida amorosa y los conflictos familiares de Kate. Especialmente cuando el abuelo de esta, el influyente excomisario Miguel Salas Santalucía, fallece dejando una carta a su nombre... Pero JB no es el único interesado en Kate Salas, pues un biólogo recién llegado al valle con el propósito de imprimir a una pareja de quebrantahuesos para su tesis doctoral también tiene un especial interés por Kate, aunque este podría resultar extremadamente peligroso...

*El vínculo perfecto* es una novela que une suspense, emoción, romance y crimen. Una historia que nos enfrenta a la aterradora certeza de que, también en la vida real, algunos hechos irreparables son fruto de la fatalidad.

# Índice de contenido

Prólogo

1. Serrat de Nas
2. Finca Prats, Santa Eugenia de Nerellà
3. Comisaría de Puigcerdà
4. Gerardo
5. Montellà, finca Cal Roig
6. Valle de Ridolaina
7. Finca Prats, Santa Eugenia de Nerellà
8. Comisaría de Puigcerdà
9. Fuente de Abajo, Nas
10. Comisaría de Puigcerdà
11. Sede de la región policial del Pirineo occidental. La Seu D'Urgell
12. Puigcerdà, domicilio de Magda Arderiu
13. Finca Prats. Santa Eugenia de Nerellà
14. Campo de fútbol municipal, Bellver de Cerdanya
15. Nefol, Santa Magdalena
16. Restaurante El Galet, Puigcerdà
17. Campo de golf de Fontanals, casa club
18. Gerardo
19. La Tasca, Bellver

20. Finca Prats, Santa Eugenia de Nerellà
21. Casa de JB Silva, Mosoll
22. Comisaría de Puigcerdà
23. Nefol, casa de la víctima
24. Sala de caporales, comisaría de Puigcerdà
25. Finca Prats, Santa Eugenia de Nerellà
26. Comisaría de Puigcerdà
27. Gerardo
28. Hospital de Puigcerdà
29. Comisaría de Puigcerdà
30. Tanatorio de Puigcerdà
31. Comisaría de Puigcerdà
32. Comisaría de Puigcerdà
33. Iglesia de Das
34. Comisaría de La Seu
35. Gerardo
36. Comisaría de Puigcerdà
37. Casona de la Finca Prats
38. Comisaría de La Seu D'Urgell
39. Comisaría de Puigcerdà
40. Finca Roig, Montellà de Cerdanya
41. Casona, Finca Prats
42. Comisaría de Puigcerdà

43. Comisaría de Puigcerdà
44. Comisaría de Puigcerdà
45. Casona, Finca Prats
46. Cementerio de Santa Eugenia de Nerellà
47. Casa del molino de Ridolaina
48. Carretera de Andorra, km 222. La Seu
49. Casa del molino de Ridolaina
50. Gerardo
51. Finca Prats
52. Comisaría de Puigcerdà
53. Finca Prats
54. Comisaría de La Seu
55. Edificio Desclòs, Puigcerdà
56. Casa de Tato Salas, Capdevila, Prats
57. Puigcerdà
58. Casa de la comisaria Magda Arderiu, Puigcerdà
59. Mosoll
60. Finca Prats
61. Comisaría de Puigcerdà
62. Comisaría de Puigcerdà. Despacho de JB Silva
63. Comisaría de La Seu
64. Comisaría de Puigcerdà
65. La Tasca, Bellver de Cerdanya

66. Finca Prats
  67. Gerardo
  68. Casa de colonias de Ridolaina
  69. Finca Prats
  70. Edificio Desclòs, Puigcerdà
  71. Comisaría de La Seu D'Urgell
  72. Serrat de la Balma, campamento de Gerardo
  73. Serrat de la Balma, campamento de Gerardo
  74. Serrat de la Balma, campamento de Gerardo
  75. Serrat de la Balma, campamento de Gerardo
  76. Serrat de la Balma, campamento de Gerardo
  77. Comisaría de La Seu D'Urgell
  78. Adosado de Magda Arderiu, Puigcerdà
  79. Casa de JB Silva, Mosoll
  80. Calle del Mar, Barrio de la Barceloneta, ciudad condal
- Agradecimientos
- Sobre la autora

*A mi hijo Quique,  
por ese vínculo perfecto con los animales*

## PRÓLOGO

A mitad de la escarpada pared noroeste del Serrat de Nas, la pequeña cría de pocas semanas se mueve con torpeza en el nido. Sus alas encogidas apenas se despegan de un cuerpo cubierto por una fina capa de pelusilla blancuzca que en pocos meses se transformará hasta convertirse en uno de los plumajes más espectaculares de la naturaleza, aunque por el momento apenas logra sostenerse erguida unos segundos para volver a caer de nuevo sobre el lecho de lana sucia, pequeños troncos y restos de comida putrefacta regurgitada por sus progenitores. Solo el silbido del viento del norte rompe el silencio en la gruta. Un hábitat sembrado con despojos en descomposición y egagrópi-las: pelo y pezuñas cuya quinina no han podido digerir los jugos gástricos de sus adultos. Cada poco, la cría intenta ponerse en pie sin apartar la mirada de lo más hondo de la cavidad, donde el óvalo dorado que le llama tan poderosamente la atención acaba de eclosionar. Pequeños copos helados que el viento arrastra a bocanadas comienzan a blanquear la entrada mientras, en la profundidad de la gruta, el frágil polluelo que amanece a la vida sigue cobijado en la cáscara quebrada. La cría llevaba nueve días observando aquel tesoro.

Mientras tanto, dos figuras planean en el vacío ante la pared rocosa. Vigilantes silenciosos suspendidos en el aire que llevan varios días al acecho, atentos al momento en el que las fuertes ráfagas permitan el acercamiento. Cuando ocurre, los intrusos se aproximan hasta posar las garras en

el borde del entrante. Dos pares de huellas inquietas oscurecen el suelo blanquecino de la entrada y desatan con sus siluetas el piar agudo, repetitivo e incansable de la cría. Con ojos inquietos y movimientos rápidos avanzan re-sueltas hacia el fondo de la cueva mientras la cría, erguida cuanto puede, aletea con el pico entreabierto y la mirada extraviada. El feroz anillo protuberante alrededor del ojo, tan propio de los suyos, aún no ha adquirido el potente color rojo fuego que confiere fiereza a los adultos de su especie. Pero el instinto ya la hace insistir en un piar repetitivo y estridente que acelera con obstinación cuando se le acercan. Entonces estira el cuello y su torpeza la hace oscilar peligrosamente en la dirección de uno de los depredadores, que la esquiva de un salto. Aun así, persiste en su piar irritante hasta que el primer picotazo le perfora el ala. Entonces enmudece un instante, sin comprender. La sangre violenta de inmediato el blanco plumaje. Los oscuros visitantes comienzan a parlotear entre ellos. El macho explora con el pico el huevo fracturado en el que apenas se percibe movimiento. Cuando lo mira en silencio, su compañera avanza y picotea la cáscara repetidamente hasta dejar el contenido casi al descubierto. La masa rosada de pluma, pico y huesos empieza a moverse con torpeza amaneciendo a la vida ante los depredadores bajo la mirada autista del hermano.

De repente, la oscuridad toma la gruta. Una presencia de casi tres metros se acerca por el aire a la pared rocosa e impide la entrada de luz. La intimidante progenitora posa sus poderosas garras con destreza en el borde de la gruta. Al instante, el aleteo nervioso de los cuervos convierte el nido en un campo de lana y pelusa flotando en el aire. En la confusión, uno de ellos tira con el pico del contenido del huevo y desata tras él un grito espeluznante. La imponente hembra avanza dos pasos con su magnífico plumaje dorado y el primer picotazo inicia el movimiento desesperado de los cuervos. Pronto huyen del nido. Ella

recoge con su pico letal el trozo de carne sanguinolenta que ha perdido al gritar, alimenta a la cría y desaparece de nuevo en el precipicio.

La calma parece haber regresado al nido. La pelusa del ambiente se va posando de nuevo sobre el suelo mientras la cría traga la comida en sacudidas espasmódicas. Los restos del cascarón dorado aún contienen al inquilino, que ahora apenas se mueve. De pronto la cría les lanza una mirada circunspecta, se yergue, estira el cuello y lo picotea un par de veces. Se separa, lo mira de nuevo e introduce el pico en la grieta del cascarón, hasta el fondo. Al instante, un hilillo de sangre despierta su instinto. Entonces hunde repetidamente el pico en el cráneo maltrecho de su hermano, buscando el modo de romperlo para ingerirlo.

El cainismo propio de la especie se rige por una máxima: solo puede quedar uno.

## 1

## SERRAT DE NAS

Los dedos fuertes y ágiles del hombre tantean el espacio entre la lápida de mármol y el borde de la fosa, buscan una hendidura. Cuando encuentran un hueco en el que casi puede introducir las falanges distales enteras, coge el gato, lo despliega e introduce la base en la ranura. No encaja lo suficiente como para soportar el peso y usa la cabeza del hacha para golpear la parte baja hasta introducirla al máximo. Al instante, el traqueteo mecánico del artefacto rompe con impertinencia el silencio del pueblo, casi deshabitado. La gran losa marmórea empieza a separarse de la tierra liberando un fuerte hedor a moho y humedad gélida. La oscuridad de la madrugada amplifica el ruido, que persiste implacable. El hombre no se detiene. No hasta que la lápida se eleva lo suficiente. Entonces suelta la manivela y espera un momento, atento al silencio. Enciende la linterna y dirige el haz al interior del sepulcro. Desde la profundidad de la fosa el rostro cadavérico de un septuagenario lo observa ciego tras el cristal del ataúd.

Sin dejar la linterna, el hombre se tumba en el suelo y repta hasta deslizarse dentro de la fosa. Apenas hay espacio y acomoda como puede una rodilla entre la pared de tierra y la caja. Sus dedos no pueden abrir el ataúd, busca el hacha que ha dejado en la superficie y, con un golpe certero, inutiliza la cerradura. A punto de abrir la tapadera sus ojos se detienen un instante en el cristal. El movimien-

to tras él es incesante. Decenas de larvas e insectos trabajan desde hace semanas, sin descanso, en lo que ya no es más que una carcasa humana.

En cuanto levanta la tapa, el hedor intenso de la putrefacción se extiende en la fosa como una niebla densa y pegajosa que aturde los sentidos. Consciente de la toxicidad, enfoca presto el interior de la caja con la linterna en busca de su objetivo. Las manos huesudas y apergaminaadas del viejo trajeado descansan a ambos lados del cuerpo. En ellas no hay rastro del magma fauno larvario que ha suplantado su rostro. Apoya la linterna en el borde de la fosa y las coloca sobre el pecho del cadáver, alineadas. Coge el hacha y las separa de un golpe certero. Luego las deja fuera, en la superficie, y mira hacia los pies del muerto. Con presteza de movimientos le quita los zapatos y usa de nuevo el hacha para separar las extremidades inferiores, que también lanza fuera del foso. Vuelve a introducir los zapatos en la caja, en el hueco que han dejado los pies. Cuando está concentrado bajando la tapa acristalada, fuera estalla un grito violento.

Apaga la linterna y agudiza los sentidos. Se asoma y la imagen lo desconcierta casi tanto como lo están los ojos de la mujer, de negro riguroso, que se cubre la boca con la mano. Sale de la fosa y la mira, con el índice vertical sobre los labios. Eso no impide que ella comience a gritar. Él no puede permitir que su secreto salga del recinto, pero ella no parece dispuesta a comprenderlo. El amanecer ha comenzado y las sombras de la noche van tomando forma real de coronas de flores o lápidas bien perfiladas. Él se le acerca con las manos abiertas en alto. Ella retrocede hasta que baja la vista y sus ojos se abren demasiado. Entonces él comprende lo que acaba de ver. No hay vuelta atrás, pues. Amenazas y gritos se suceden mientras ella huye hacia la salida. El miedo a que alguien la oiga lo espolea y la alcanza en pocos pasos. Una mano sobre su boca acalla los gritos, la otra alrededor del pecho la hace encogerse

sobre sí misma. La lucha dura apenas unos segundos, caen al suelo, ruedan hasta una losa. Ella deja de resistirse y él comprende que se ha golpeado. Aún respira. El día despunta y en pocos minutos el sol no dejará rincón oscuro donde ocultarse. Sus ojos revisan la escena: los pedazos cerúleos que ha venido a buscar siguen esparcidos sobre el suelo, el mecanismo del gato mantiene la lápida abierta como un libro.

El cuerpo de la mujer produce un golpe seco al caer al foso. La ve moverse semiinconsciente y algo se le ilumina por dentro. Un juego. Enciende la linterna y la lanza dentro. El haz ilumina la pared de tierra rocosa. Si consigue salir viva se habrá ganado el derecho a delatarle. Desde la carretera llega el ruido del motor de un tractor alejándose hacia Pi y él se afana con la manivela del gato. Cuando la losa ha vuelto por completo a su lugar recoge el botín e introduce manos y pies mutilados en una bolsa. Con el gato sobre el hombro y la bolsa y el hacha en la otra mano, se dirige al coche.

Antes de salir del recinto, una piedra cae a su espalda repiqueteando con otras hasta detenerse en seco. Él se vuelve hacia la zona norte, donde el pequeño murete de piedras que rodea el camposanto es más alto. Duda un instante. Puede haber sido un animal, cualquier cosa. Sigue su camino pensando si la viuda ganará la partida que juega desde el foso, pero se detiene antes de llegar a la verja y se vuelve. Sus ojos se clavan en los de la mujer que lo observa tras la valla. Lleva ropa de deporte y la expresión de su mirada no deja dudas sobre lo que ha visto. La bolsa que él sujeta cae al suelo con un golpe sordo. Dos pájaros negros despegan a la vez de una rama del álamo que crece paralelo al campanario.

Ella empieza a correr.

Él no tarda en alcanzarla.

## 2

## FINCA PRATS, SANTA EUGENIA DE NERELLÀ

Kate Salas avanzaba hacia Bellver bajo un cielo amenazador, intentando amarrar su mente con los números. Contaba mientras corría, ignorando las decenas de minúsculas gotas que tropezaban en su rostro para morir casi al instante contra el viento. Contaba hasta cien y vuelta a empezar. Incapaz de escapar del irritante avispero en el que llevaba meses atrapada y del que ya no conseguía librarse ni siquiera cuando corría.

No había día que no se preguntara cómo había llegado a la situación en la que estaba. Y no había día en el que la respuesta a esa pregunta no le dejase el amargo e intenso sabor de la frustración por haber tomado una decisión tan arriesgada sin tener en cuenta las consecuencias que podía comportarle profesionalmente. Había comprendido demasiado tarde que la culpa era mala compañera de viaje, y que empeñarse en cumplir con antiguas deudas morales la arrastraría al averno en el que transitaba.

Haber dedicado seis años en cuerpo y alma al bufete para acabar ahogada por deudas que ni siquiera eran suyas era intensamente frustrante. Porque, aunque conservaba el cargo, la atenazaba la angustiosa sensación de estar perdiendo todo por lo que llevaba tanto tiempo luchando. No podía negar que ver su nombre en el panel de la entrada del edificio le acariciaba el ego todos los días, pero

eso no era suficiente. Quería más. En realidad, lo que quería era volver a ser lo que había sido desde el principio para su mentor y socio mayoritario de la firma, Paco Mendes. Quería ser su mano derecha, su persona de confianza..., su primera opción.

Pero desde el accidente del anterior diciembre, que había dejado a su mejor amiga, Dana Prats, casi imposibilitada, todo había cambiado. En un momento delicado, con Dana en el hospital y un pronóstico preocupante, Kate había decidido de forma impulsiva hacerse cargo de su negocio, tomar las riendas de la adeudada propiedad de las Prats en el valle donde ambas habían nacido y evitar el embargo con su propio patrimonio. Desde entonces repartía su tiempo entre el bufete y la finca, consciente de que, mientras Dana avanzaba paso a paso en su recuperación, ella soportaba una carga de trabajo ingente, siete días por semana, que la mantenía permanentemente exhausta y que la alejaba de su objetivo profesional. Algo que Paco se encargaba de recordarle con cada decisión que le atañía.

La última era el expediente Aragall. Un asunto de primera línea del que se iba a encargar el bufete. Kate lo quería, había hablado con Paco del asunto e incluso le había apuntado la estrategia para mostrarle que había hecho los deberes. Pero lo único que había recibido por respuesta eran las largas a las que la tenía acostumbrada últimamente. Desde que el jefe la había apartado de la defensa de su hermano Mario, acusado de prevaricación y evasión de impuestos, y su sustituto no había conseguido que el corrupto hermanísimo saliese bien parado, Paco se la tenía jurada. Y era porque sabía tan bien como ella que lo que casi les había costado el caso era la rabieta absurda por la que la había sustituido en la defensa, cuando ella únicamente le había pedido unos días para cuidar a Dana tras el accidente.